

XXIII

“Como un instrumento”

En nuestro último capítulo hemos visto que, por consejo de Montfort, no debemos solamente obrar como la Santísima Virgen desea que lo hagamos, sino que también debemos **dejar obrar** a esta divina Madre en nosotros.

En los dos textos principales que citábamos, nuestro Padre emplea la misma expresión: debemos ponernos entre las manos de la Santísima Virgen **como un instrumento**.

«Es preciso ponerse y abandonarse en sus manos virginales, como un instrumento en las manos del operario, como un laúd en las manos de un buen tañedor...»⁷⁸.

«Es menester... ponerse como un instrumento en las manos de la Santísima Virgen, a fin de que Ella obre en nosotros, y haga de nosotros y por nosotros cuanto le plazca...»⁷⁹.

Debemos subrayar, exponer y explicar esta expresión y este pensamiento, de que podemos y debemos ser los instrumentos vivos, conscientes y consintientes de la Madre de la divina gracia.

Para analizar el pensamiento de Montfort vamos a tomar como él el ejemplo de un instrumento de música, pero de un instrumento de música muy conocido: el piano. El piano es el «instrumento» de que se sirve el artista, el músico.



⁷⁸ Tratado de la Verdadera Devoción n. 259.

⁷⁹ El Secreto de María n. 46.

Tenemos un piano... Es algo inerte, muerto, compuesto de madera, de hierro, de cobre, de marfil, etc.

Por sí mismo el piano es incapaz de «tocar», de producir música, ni siquiera un sonido cualquiera.

Pero que un músico, que un artista se coloque delante de este instrumento, se apodere de él y con habilidad accione sus teclas y pedales, y ahí todo cambia.

Olas de sonido suben de las profundidades inertes del piano; sonidos, y sonidos dispuestos, estructurados, coordinados según las leyes de la medida, del ritmo y de la armonía.

Son «melodías», sonidos vivos, sensibles, expresivos, que significan algo, que traducen la alegría, el dolor, el amor, el deseo, la oración, la desesperación, la adoración; que traducen claramente, en una palabra, toda clase de sentimientos humanos, y eso sin que sea necesario que estas melodías vayan acompañadas de canto y de palabras para precisar su significado.

Y si analizamos de más cerca lo que sucede aquí, es menester comprobar que el piano es el que toca, y que también toca el artista, aunque este último en un orden principal. Esos sonidos, esas melodías, son producidas por el piano, pero también por el músico que se sirve de este instrumento.

Sucede aquí algo misterioso, que nos cuesta comprender. El piano, por decirlo así, salió de su esfera, o, mejor dicho, quedó elevado por encima de su esfera de ser y de acción como materia inerte y muerta. Este piano realiza ahora acciones humanas, para las que se requiere una inteligencia y una sensibilidad humanas: para componer una melodía, y combinar una armonía que exprese sentimientos humanos, se requieren absolutamente una inteligencia humana y un corazón humano.

Sin embargo, observemos que todo esto es pasajero. El piano es capaz de tocar melodías que traducen los sentimientos de un alma humana exactamente en la misma medida en que el artista ejerce su influencia sobre el instrumento. Desde que suelte teclas y pedales, el último sonido se apagará en las cuerdas del instrumento.

Es de notar también que decimos que el alma del artista pasa a este piano y se comunica a él, que el corazón del músico vibra en sus cuerdas, etc.

Y además hay que añadir que la habilidad y el talento artísticos del músico consiguen camuflar, disimular y corregir realmente, al menos en parte, los defectos de su instrumento. Si un gran artista se apodera de un piano muy ordinario, diremos enseguida: Ya no se reconoce a este instrumento, jamás hubiésemos creído que con medios tan pobres se hubiesen podido producir semejantes efectos.



Parece que nos hemos alejado mucho de la Santísima Virgen.

No tanto como podríamos suponerlo. Al contrario, estamos en el centro de nuestro tema.

Nosotros somos el piano, y la Santísima Virgen es la Artista.

Con la diferencia, sin duda, de que nosotros somos un instrumento vivo, dotado de inteligencia y de libertad, y que debemos entregarnos consciente y libremente a la influencia y a la acción de Dios y de Nuestra Señora, para que obren en nosotros y por nosotros.

Nosotros somos, pues, el piano, y la Santísima Virgen la Artista.

Nosotros somos **hombres**, capaces de acciones humanas, y de acciones humanas solamente: por nosotros mismos no podemos **nada** en un orden superior, en el orden **sobrenatural**.

Pero dejemos obrar a Nuestra Señora, esta Artista incomparable, esta inigualable Cantora de las grandezas divinas, esta maravillosa Música —«*Tympanistria nostra*», dice San Agustín—; dejémosla colocarse delante del teclado de nuestra alma y apoderarse de él por sus influencias de gracia, y permanezcamos nosotros totalmente entregados y dóciles a esta acción divina: Ella arrancará entonces de nuestra alma sonidos arrebatadores, melodías sobrehumanas, una música maravillosa y divina, que hará las delicias del corazón de Dios.

En ese momento, dice Montfort, *María es quien obra en nosotros, quien hace de nosotros y por nosotros cuanto le place*.

Nuestra alma es la que canta a Dios y se alegra en El: nosotros realizamos nuestras acciones, y las realizamos libremente.

Y, sin embargo, es **María** la que en nosotros y por nosotros glorifica al Señor: «*es la operación de María en ti*», afirma Montfort.

Y como el alma del artista pasa a las cuerdas de su instrumento, del mismo modo, por la acción de la gracia elevante, el alma de María se comunica a nosotros, y su espíritu exulta en los cánticos de nuestra alma. Es la realización del deseo de San Ambrosio, recordado por San Luis María y por el mismo Pío XII: «*El alma de María esté en todos nosotros para glorificar al Señor; el espíritu de María esté en todos nosotros para alegrarse en Dios*».

Y el incomparable talento de la Artista sublime que es María tapa, disimula y corrige los defectos, los déficits, de nuestro pobre instrumento espiritual. «*María purifica nuestras buenas obras y las embellece*», dice Montfort. «*Las embellece adornándolas con sus*

méritos y virtudes»⁸⁰, hasta el punto de que «la luz de su fe disipa las tinieblas de nuestro espíritu; que su humildad profunda reemplaza a nuestro orgullo...; que el incendio de la caridad de su Corazón dilata y abrasa la tibieza y la frialdad del nuestro; que sus virtudes ocupan el lugar de nuestros pecados; que sus méritos son nuestro adorno y nuestro suplemento ante Dios; y que no tenemos otra alma más que la suya, para alabar y glorificar al Señor, ni otro corazón más que el suyo, para amar a Dios»⁸¹.

¡Ah, sí, «qué dichosa es un alma cuando... está totalmente poseída y gobernada por el espíritu de María!»⁸².



Todo esto no es un sueño insensato, una imaginación vana, sino una realidad viva y consoladora.

Pero por nuestra parte hemos de cumplir algunas condiciones para que todo esto pueda realizarse.

Volvamos al piano.

Ante todo, es menester que este piano sea un instrumento conveniente. Si hay demasiadas notas falsas y cuerdas rotas, el pianista más hábil no sabrá qué hacer con él, y al cabo de algunos intentos desistirá desalentado.

El piano debe ser también manejable, sus teclas flexibles y suaves hasta un cierto punto. Si el músico tuviese que emplear toda

⁸⁰ Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción nn. 146-147.

⁸¹ Oración a María.

⁸² Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción n. 258.

su fuerza para manejar teclas y pedales, le sería imposible desplegar sus talentos.

El piano, sobre todo, debe dejarse hacer, ser pasivo en este sentido. Pues si el piano quisiese tocar por sí mismo y moverse según sus aires, el artista no podría hacer más que cruzarse de brazos. Las melodías del piano no se armonizarían con su inspiración personal, y la cooperación necesaria entre el artista y el instrumento se haría imposible.

Para que Nuestra Señora pueda servirse del instrumento de nuestra alma, es menester ante todo que este instrumento sea **conveniente**.

Debemos estar en estado de gracia: de otro modo le sería imposible a nuestra divina Madre producir en nosotros y por nosotros obras divinas.

Nuestra alma debe ser un instrumento **conveniente**: todo apego voluntario al pecado venial o a la creatura como tal, es una falsa nota, una cuerda que se ha roto en nuestra alma. Por lo tanto, debemos evitar con el mayor cuidado el pecado venial, sobre todo el plenamente voluntario, y las imperfecciones deliberadas, para que la gran Artista de Dios pueda servirse de su instrumento sin ningún obstáculo.

Este instrumento debe ser **dócil y manejable**. Para esto debemos entregarnos totalmente a Ella, y realmente *«perdernos en Ella»*, no resistirle jamás a sabiendas, sino seguir dócilmente sus impulsos y aceptar su influencia.

Debemos también, y, sobre todo, ser **pasivos**, en el sentido de que no debemos realizar jamás una acción por iniciativa puramente personal y por nuestra propia voluntad. Como lo dice excelentemente nuestro Padre, debemos *«no tener vida interior ni*

operación espiritual que no dependa de Ella»⁸³. Hemos de renunciar sin cesar a nuestras propias miras y a nuestras voluntades propias, para dejarla obrar en nosotros.

En un próximo capítulo volveremos sobre esta «**pasividad**» santa, para provecho de las almas y para evitar malentendidos perjudiciales y dañinos.



Trataremos de vivir en la práctica lo que acabamos de escribir, y dejaremos realmente obrar a María en nosotros, si seguimos lo que se llama «**el minuto de María**»⁸⁴.

Consiste en esto: antes de nuestras acciones principales, como la meditación, la santa Misa, la Comunión, los ejercicios de piedad, el trabajo, el recreo, etc., nos recogeremos profundamente durante algunos instantes para realizar apacible e intensamente los cuatro actos siguientes:

1º **Humillarnos** profundamente delante de Dios y de la Santísima Virgen a causa de nuestras faltas, de nuestra indignidad y de nuestra incapacidad para todo bien.

2º **Renunciar**, antes de comenzar esta acción, a todo lo que viniese puramente de nosotros, por lo tanto, a nuestras propias miras y a nuestra propia voluntad.

⁸³ El Secreto de María n. 46.

⁸⁴ Se puede conseguir este «*Minuto de María*», escrito como hojita mariana, en nuestro Secretariado de María Mediadora, Boulevard de Diest, 121, Lovaina.

3º **Darnos** totalmente a Nuestra Señora como su cosa y su propiedad, y como un instrumento dócil, del que Ella pueda servirse a su gusto, según su voluntad.

4º **Pedirle** humildemente que se digne **obrar en nosotros**, para que nuestras acciones no tiendan más que a la gloria de solo Dios.

Esta es, incontestablemente, una fórmula integral de profunda vida espiritual y mariana, que puede llevarnos muy rápidamente a la dependencia interior y habitual para con Jesús y para con María.



XXIV

¿Ser pasivo?

En los dos capítulos precedentes hemos descrito lo que se encuentra en la cumbre de la vida de dependencia respecto de la Santísima Virgen. No sólo debemos hacer lo que Ella espera de nosotros, evitar lo que Ella condena o desaconseja, sino también **dejarla obrar** en nosotros.

Para eso, como dice nuestro Padre, debemos «*ponernos como un instrumento entre sus manos, a fin de que Ella haga de nosotros y por nosotros cuanto le plazca*».

Decíamos que una de las condiciones que debe cumplir el instrumento para que el agente principal pueda servirse de él libremente, es que este instrumento sea **pasivo**, es decir, que **deje obrar** al obrero o al artista, lo **deje obrar** según su voluntad.

Montfort detalla esta actitud «pasiva» en su Método para practicar esta Devoción en la sagrada Comunión⁸⁵. Indudablemente, lo que él dice de la sagrada Comunión puede aplicarse a otros ejercicios espirituales. «*Recuerda que cuanto más **dejes obrar a María en tu Comunión, tanto más glorificado será Jesús; y tanto más dejarás obrar a María para Jesús, y a Jesús en María, cuanto más profundamente te humilles, y **los escuches en paz y silencio, sin trabajar por ver, gustar ni sentir*****»⁸⁶.

Así, pues, para que María pueda obrar libremente en nosotros, debemos ser, en cierto sentido y en cierta medida, pasivos respecto de su acción en nosotros por la gracia.

⁸⁵ Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción nn. 266-273.

⁸⁶ Ibid. n. 273.

Esta «pasividad» debe ser bien comprendida. Una falsa concepción en este punto podría tener consecuencias nefastas para las almas.

Y ante todo debemos observar inmediatamente que el instrumento no es exclusivamente pasivo, pues tiene su propia acción. Así, por ejemplo, el piano es el que toca; y por lo tanto está activo. Propiamente hablando, el instrumento es **pasivo-activo**, esto es, obra, trabaja, sí; pero lo hace únicamente en la medida en que es incitado y empleado para la acción por la causa principal. El piano sólo toca cuando y en la medida en que el músico lo mueve y acciona.

Por eso, en la sagrada Comunión o en los demás ejercicios de piedad, no se trata de permanecer en una inacción absoluta. La pasividad total queda excluida aquí. Tiene que haber una actividad, pero una actividad simplificada, apacible, a menudo casi imperceptible, que se ejerce únicamente bajo la influencia de Dios y de la Santísima Virgen.

Digámoslo claramente: se puede ser perezoso en la vida espiritual, especialmente en los ejercicios de piedad, y no esforzarse suficientemente para cumplirlos bien. Es un caso muy frecuente.

Pero también se puede estorbar e incluso impedir en los ejercicios espirituales la acción santificadora de Dios y la influencia de la Santísima Virgen por una actividad exagerada y febril, queriendo hacerlo todo por sí mismo, con la falsa convicción de que nuestra santificación depende **principalmente** de nuestros esfuerzos personales, cuando es evidente que Dios y María son el elemento principal en nuestra tendencia a la perfección, por lo tanto, también en nuestra vida de oración.

Los mejores autores espirituales tratan de precavernos contra esta estima exagerada de nuestros esfuerzos personales, y contra esta actividad exagerada en la oración; y todo director espiritual ha

podido comprobar los perjudiciales efectos de este exceso en algunas almas. Una vez más, el camino intermedio es el camino verdadero y precioso que debemos seguir. Quien dude en este punto sobre la conducta que debe observar personalmente, tendrá que consultar a un director esclarecido y experimentado, y atenerse fielmente a las directivas que le sean dadas.



Para determinar con más claridad nuestro pensamiento, recordemos el siguiente hecho que, con algunas variantes, habrán vivido sin duda varios de nuestros lectores.

Había adoración en tu iglesia o capilla. Te habían asignado tu hora o tu tiempo de adoración. Te habías alegrado ante la perspectiva de estos dichosos momentos. Para tu tiempo de adoración habías elaborado un pequeño plan: entretenerte un poco con Jesús, pedirle tal o cual gracia para ti mismo o para otros, hacer un poco de lectura en tu libro preferido, tal vez rezar un Rosario y otras oraciones favoritas, y así esta hora se pasaría rápidamente y quedaría bien empleada.

Así, pues, te fuiste a la iglesia, llegaste a la capilla. Pero antes de ponerte al «trabajo», miraste largo tiempo, respetuosamente y con amor, la Sagrada Hostia... Cosa curiosa: casi no pudiste desprenderte de esta mirada. Te parecía que, espiritualmente, también Jesús fijaba su mirada de amor en ti. Te sentiste atraído hacia Él, muy unido a Él, como fascinado por Él... Te sentiste envuelto en un profundo silencio, en una paz dulcísima y en una alegría indecible. Tu lectura, tu Rosario, tus peticiones: se te olvidó todo, como también todo lo que estaba alrededor tuyo. No dijiste gran cosa, rezaste poco, no leíste ni meditaste absolutamente nada. De vez en cuando una aspiración rápida, llena de amor, de gratitud, de agradecimiento... Tu hora de adoración te ha parecido corta, cortísima. Te has sorprendido

realmente cuando te has dado cuenta de que ya había pasado. Tal vez un poco más tarde sentiste un poco de inquietud al preguntarte: «¿No he perdido el tiempo? ¡No he hecho nada, o casi nada, durante esta hora!».

Te habrán tranquilizado sin duda: esta oración había sido buena, incluso muy buena, y realmente la mejor que podías hacer. Pues todos los sentimientos que podías ofrecer a Jesús, ¿no estaban acaso encerrados y concentrados en esa larga y sencilla mirada de amor que tu alma echó en Él? Y la mejor prueba de que esta oración era muy buena es que, al salir de la iglesia o de la capilla, te sentiste fuerte, muy fuerte, con una fortaleza tranquila y serena que no te habría dado ninguna oración vocal ni meditación ordinaria, para hacer todos los sacrificios, afrontar todas las dificultades y cumplir absolutamente todo lo que Jesús y María pudiesen esperar de ti.

Algo más. ¿Te acuerdas de que, al día siguiente, o incluso algunas horas más tarde, atraído por la dulzura cautivadora de esta intimidad con Jesús, intentaste practicar lo mismo y saborear la misma dicha? Pero esa vez ya no funcionó la cosa, para nada. Estabas distraído hasta el punto de desalentarte. Tu alma estaba fría como el hielo y seca como el corcho. Entonces te diste cuenta de que no podías realizar por ti mismo este recogimiento, esta unión profunda, y que sólo Ellos podían producirla. Y por eso tomaste entonces —y tuviste razón— un libro de meditación o de oraciones, y te entretuviste con Nuestro Señor como mejor pudiste, con fe y buena voluntad.

Claro está que lo que te sucedió en presencia del Santísimo Sacramento expuesto, pudo sucederte igualmente en tu acción de gracias después de la sagrada Comunión, en la meditación, o en otros ejercicios de piedad.



Podemos ahora analizar y determinar exactamente el pensamiento de Montfort.

Observemos inmediatamente que el santo describe prácticamente varias «maneras» de acción de gracias después de la sagrada Comunión, ninguna de las cuales excluye, evidentemente, el «**dejar obrar a María**» que nos recomienda con tanta insistencia.

«Después de la sagrada Comunión —nos aconseja—, estando interiormente recogido y con los ojos cerrados, introducirás a Jesucristo en el Corazón de María. Lo darás a su Madre, que lo recibirá amorosamente, lo colocará honorablemente, lo adorará profundamente, lo amará perfectamente, lo abrazará estrechamente, y le rendirá en espíritu y en verdad muchos obsequios que, en nuestras espesas tinieblas, nos son desconocidos»⁸⁷.

Pero entonces se abren varios caminos:

«O bien, te mantendrás humillado en tu corazón, en la presencia de Jesús residente en María; o te mantendrás como un esclavo a la puerta del palacio del Rey, donde está hablando a la Reina; y mientras hablan entre sí sin tener necesidad de ti, irás en espíritu al cielo y por toda la tierra, a rogar a las criaturas que agradezcan, adoren y amen a Jesús y a María en tu lugar: Venite, adoremus, venite, etc.

O bien, tú mismo pedirás a Jesús, en unión de María, el advenimiento de su reino en la tierra por su santísima Madre, o la divina sabiduría, o el amor divino, o el perdón de tus pecados, o alguna otra gracia, pero siempre por María y en María»⁸⁸.

⁸⁷ Tratado de la Verdadera Devoción n. 270.

⁸⁸ Ibid. nn. 271-272.

Hemos querido citar este texto en su totalidad para mostrar que, a fin de dejar obrar a María en nosotros, no es necesario ser totalmente pasivo y prohibirse toda intervención personal. Y repetimos que, evidentemente, lo que Montfort dice acerca de la sagrada Comunión, puede aplicarse a otros ejercicios.



En la práctica, y recapitulando todo lo que acabamos de decir, nos parece que podemos aconsejar la siguiente línea de conducta:

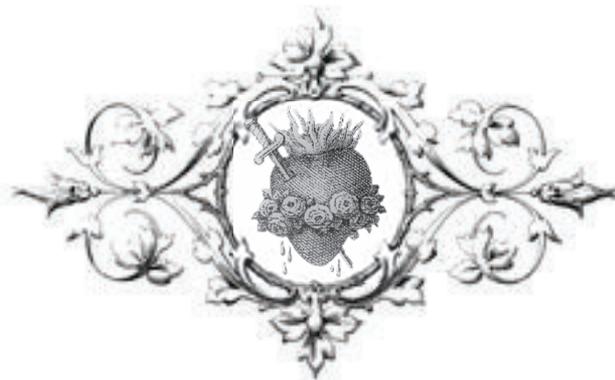
1º Cuando te sientas atraído e invitado a este silencio de alma arriba descrito, a esta apacible unión sin palabras interiores ni exteriores, y puedas seguir así sin demasiadas distracciones, déjate llevar por este atractivo y permanece así mientras te sea posible.

2º Dado que habitualmente nos sentimos llevados a darle demasiada importancia y valor a nuestra actividad personal, nos parece bueno y útil que, en cada uno de nuestros ejercicios espirituales, acciones de gracias, meditación, visita al Santísimo Sacramento, etc., tratemos de mantenernos durante algunos minutos en silencio interior tranquilo bajo la acción de Dios y de la Santísima Virgen. Su influencia podrá ejercerse entonces más libremente sobre nosotros, y así nuestra alma se preparará y madurará lentamente para otros estados más elevados de oración, si Dios nos llama a ellos, como es caso frecuente.

3º Fuera de los casos predichos, esto es, **habitualmente**, debemos obrar nosotros mismos en la oración, y por lo tanto meditar, excitar sentimientos, entretenernos con Jesús y María; presentarles toda clase de actos de respeto, de agradecimiento, de contrición y sobre todo de amor; pedirles también todo aquello de que tenemos necesidad, sobre todo el reino de Jesús y de María en nuestra alma, en las almas que nos son queridas y en el mundo entero. Para ello nos serviremos de un libro de oraciones o de

meditación, en la medida en que sea necesario para evitar las distracciones y alimentar nuestra piedad.

Todo esto se armoniza perfectamente con el «dejar obrar a María», a condición de que otorguemos poco o ningún valor a lo que hacemos nosotros mismos; que, al comienzo de cada ejercicio y de vez en cuando en el transcurso de estas oraciones, nos unamos a Nuestra Señora y mantengamos el contacto de alma con Ella; y que, para glorificar a Dios y agradar a Jesús, no nos apoyemos de ningún modo en nosotros mismos, sino en las virtudes de María y en sus méritos, en sus oraciones y en su intercesión, en su acción en nosotros y sobre nosotros; acordándonos de la preciosa frase de San Bernardo: «*Hæc mea maxima fiducia est, hæc tota ratio spei meæ*»: María es mi mayor confianza, Ella es toda mi razón de esperar.





Rubens Pedro Paulo, 1623 – 1624, La Virgen como la mujer del Apocalipsis, Museo Getty, Los Ángeles, Estados Unidos .